

en ella. É yban nadando mas de quinientos hombres en torno del rey y del clérigo, y llevaron mucho de comer en barriles que de la nao sacaron para ello, y sin esto tambien sobre las cabeças, porque en el nadar es gente muy experta. Mas yo me maravillo mucho cómo donde tantos indios avia, faltaban canoas para quel rey ó señor de tanta gente entrasse daquella manera en la mar. Entrados en la nao, se hicieron á la vela y doblaron aquel promontorio ó cabo gordo y fueron á surgir delante de aquella cibdad; y otro dia siguiente se desembarcaron los chripstianos en una balsa muy buena que hicieron los indios, y dieron al rey vestidos y otras cosas de rescates, y salió el capitan Santiago de Guevara y la gente toda de la nao, é hicieron ranchos é choças en la costa, donde les truxeron á todos muy bien de comer. Y fecho esto, se fueron con el rey solamente el capellan y el capitan con otros seys españoles, y los restantes quedaron en la playa; y llegados á la cibdad, los aposentaron en los mismos palacios, donde el dia de antes avia passado el clérigo don Johan. Era tanta la gente que salia á mirar estos chripstianos que les paresçia que no solamente era multitud grande para una cibdad, pero para poblar un reino. Y assi aposentados, les hicieron buena compañía y les dieron muy complidamente de comer, y estovieron alli cinco dias, festejados çon mucho plaçer y areytos ó danças de aquellos indios. Y escribieron cartas á Hernando Cortés ó para algun su gobernador ó capitan, porque alcançaron á entender que aquella tierra no podia ser sino de la Nueva España; y con estas cartas fueron tres indios á una cibdad que estaba de alli veynte é quatro leguas á un chripstiano que por señas decían los indios que hallarian en ella, y al quarto dia tornaron los mensajeros é hicieron señas que otro dia vernia alli el chripstiano. Y assi fué

que, andándose paseando por la costa el capitan y el clérigo çerca de la nao, el siguiente dia vieron venir mucha gente quassi una legua de alli, y sospechando que seria el chripstiano que esperaban, porque los mismos indios que avian llevado las cartas haçian señas que venia alli, se fueron con algunos compañeros hácia donde venia aquella gente, y vieron un chripstiano, en una hamaca echado, que lo traian doçe indios á cuestas, el qual estaba por gobernador de toda aquella provincia. Y luego quel vido al capitan y al clérigo y los otros españoles, se apeó de la hamaca y los fué á abraçar y ellos á él, y les preguntó que cuyos eran y por quién yban á aquella tierra, y si eran chripstianos y de qué naçion, y ellos dixeron: «Chripstianos somos y vassallos de Emperador, don Carlos, y españoles; y por tiempo contrario nos apartamos de un armada que Su Magestad envia á la Espeçieria é islas del Maluco, y avemos aqui aportado con mucha nesçessidad, y desseamos saber qué tierra es aquesta, pues ha plaçido á Dios que hallemos quien nos lo diga.» Á lo qual aquel chripstiano replicó: «Señores, todos somos vassallos de Çesar: en su tierra estais, y dad gracias á Nuestro Señor, porque os ha traydo aqui, donde como á vassallos de su Magestad, se os hará toda cortesía y plaçer. Esta tierra es parte de la Nueva España, á donde es capitan general y gobernador el señor Hernando Cortés por Sus Magestades, y es una de las mejores tierras y señorío del mundo: en la qual hay muchas y muy grandes poblaciones y cibdades y grandes señores de los indios naturales.» Y con mucho plaçer platicando, se fueron todos á aquella cibdad que dicho, y aunque primero avian seydo los chripstianos de la nao bien servidos, mejor lo fueron de ahí adelante por causa daquel gobernador: y despues que ovieron hablado en su navegacion y en las cosas

passadas, aquel español les decia quel capitan Santiago de Guevara fuesse á la cibdad de México, donde estaba el señor Hernando Cortés, que era tresçientas é septenta y çinco leguas de alli, y quel seria muy bien tractado dél y proveydo muy largamente de todo lo que oviesse menester; y assimesmo, en su absençia, lo seria su gente y nao, y quel le daria andas y gente que le llevassen mucho á su plaçer y todo lo demas. Y el capitan respondiò quel estaba muy mal dispuesto y enfermo, como era verdad, y que en ninguna manera podia yr, ni pensaba que podria llegar vivo; pero que hablaria con el padre don Johan, su primo, y le rogaria quel tomasse este trabaxo con otros muchos que avia passado por servir á Sus Magestades, y que fuesse á México á haçer reverençia de su parte al señor Hernando Cortés; y assi se hizo y

aqueste padre partiò al dia siguiente. Aquella cibdad, donde esta gente aportó con el patax, se llama *Macatlan*, y á donde aquel gobernador ó español residia, era otra cibdad ó pueblo grande que se llama *Tegoantepeque*; y donde arribaron en la primera cibdad decia este clérigo que avia sobre çient mil veçinos. Y no es de maravillar, porque aquellos pueblos ó poblaciones son fechos á barrios, como son las poblaciones en los valles de algunas provincias de España, en Vizcaya y Guipúzcoa y en las montañas; y todo les paresçeria á este clérigo y á los otros que era un pueblo, non obstante que sin esso hay grandes poblaciones juntas. Este pueblo Tegoantepeque está en la costa de la mar del Sur, en la Nueva España, en doçe grados desta parte de la línea equinoçial.

CAPITULO XIII.

En que se da conclusion á la relaçion del clérigo, don Johan de Areyçaga.

Este padre don Johan de Areyçaga partiò de Tegoantepeque á los treynta y uno de jullio de mil é quinientos y veynte y seys para la cibdad de México, donde halló á Hernando Cortés. El qual lo resçibió muy bien y le tractó de manera que este padre hablaba, loándole mucho de su cortesía y buen tractamiento, y luego diò relaçion en los primeros navios á Su Magestad desta caravela que avia aportado á la Nueva España, daquella armada que llevó el comendador Frey Garcia de Loaysa; y creiçasse quel restante de la armada avia llegado á la Espeçieria, y en lo que paró adelante se dirá. Y allá murió el comendador Frey Garcia de Loaysa y el capitan Johan Sebastian del Cano y el thessorero Bustamante y otros caballeros é hidalgos, y se perdieron todos, de la manera que se di-

rá en la prosecucion destas historias, en el lugar que convenga al discurso destas materias.

Despues vino de la Espeçieria Gonçalo Gomez de Espinosa, del qual se tractó en el capítulo II deste libro, y diò relaçion de lo que allí se dixo; y despues vino á España este clérigo, y dixo lo que aqui se ha dicho y otras muchas cosas de las que vido en la Nueva España: de las quales no curaré de tractar aqui, porque de lo de alli yo tengo mas plenaria informaçion, y aqui tenemos veçinos y muchas personas que han estado allá mas tiempo que el clérigo y lo saben muy mejor. Y assi en lo que él decia de la Nueva España, no pudo ver ni entender, por lo poco que allá estuvo. Pero porque le oy testificar de vista de la manera quel vido matar un

grande lagarto ó cocatriz, de los quales yo he visto mas que el clérigo, y me paresce que la invención ó arte, con que le tomaron, es cosa notable, decirlo he aqui, reservando para en su lugar otras cosas que yo he visto destes fieros animales en la Tierra-Firme. Decía que vido que los indios pusieron un palo reçio, hincado en tierra y á par del agua, y atada á él una cuerda de hasta tres braças, y tomaron un perro y metiéronle por la boca un palo tan grueso ó mas que la muñeca del braço y de madera muy reçia y tan luen-go quanto el perro tenia de hueco en el cuerpo; y los extremos ó cabos del palo eran agudos y tostadas las puntas, y por el un costado entré las costillas del perro hicieron un agujero y ataron alli al palo que estaba dentro del perro el cabo de aquella sogá, que estaba atada al palo hincado en tierra. Y el lagarto salió de la mar y tragóse todo el perro de un bocado, y encontinentemente se le atravesaron aquellas puntas del palo que estaba dentro del perro por las agallas; de tal forma, que ni pudo cortar la sogá con los dientes ni soltar el perro. Y ocurriendo los indios á visitar su parança y armadiza, vinieron muchos, y primero á pedradas con hondas (en las quales son muy diestros, aunque no enseñados por los mallorquines), y despues que le dieron con muchas piedras en la cabeça y en otras partes, le acabaron de matar, estando presente á ello este padre clérigo;

CAPITULO XIV.

Del Estrecho de Magallanes y de su longitud y latitud y partes señaladas dél, y de los gigantes que en él habitan, y otras particularidades.

Dicho queda en los capítulos precedentes, que la una costa y la otra del Estre-

1 *De Re Militari*, lib. I, cap. XVI.

2 Plin., lib. VII, cap. LVI.

3 Isidoro, lib. XVIII, cap. X.

el qual dixo que él lo avia medido y que tenia diez y ocho piés de luengo.

Dixe de suso que los indios en la Nueva España eran diestros en tirar con las hondas, sin averlos enseñado los mallorquines, porque la invención de tirar con las hondas se atribuye á los de las islas de Mallorca. Assi lo dice Vegeçio ¹ en su tractado del *Arte militar*, donde las mugeres no dexaban á sus hijos pequeños gustar el manjar, si primero, tirándole con la honda, no le tocaban con la piedra; puesto que Plinio ² da esta invención de la honda á los phenices. Mas Isidoro ³ en sus *Ethimologias* no atribuye aquesto sino á los mallorquines. Voçieno ⁴ Montano, narbonense orador, siendo desterrado por Tiberio Çesar en la isla Balear (que es Mallorca) en el mar de España, fué el primero que usó echar piedras con la honda ⁵. Pero lo que yo pienso en esto es que ni este ni los otros de Phenicia ni de Mallorca lo enseñaron á los indios de la Nueva España, ni á los del Perú y de otras partes de la Tierra-Firme, donde las usan y son muy diestros en tal exerciçio: salvo que ellos lo hallaron para sus nesçesidades y defension, como armas manuales, y que naturalmente los rústicos las ussan y á ellas se amañan mejor que á otras armas.

Passemos agora á dar relación de lo demas en continuación de lo que offresçé en el prohemio ó introduçion deste libro.

cho de Magallanes es habitada de gigantes, á los quales nuestros españoles lla-

4 *Supplementum cronicar.*, lib. VIII.

5 Plin., lib. VII, cap. II.

maron patagones por sus grandes piés; y que son de treçe palmos de altura en sus estaturas, y de grandísimas fuerças, y tan velozes en el correr como muy ligeros caballos ó mas, y que comen la carne cruda y el pescado assado, y de un bocado dos ó tres libras, y que andan desnudos, y son flecheros, y otras particularidades que desta gente puede aver notado el lector. Pero porque no se piensse que aquestos hombres son los de la mayor estatura que en el mundo se sabe, ocurrid, lector, á Plinio ¹; y deçiros ha, alegando á Onesicrito, que donde el sol en la India no hace sombra, que son los hombres tan altos como cinco cobdos y dos palmos, y que viven çiento y treynta años, y que no envejesçen; pero que mueren en aquel tiempo, quassi como si fuessen de media edad. Dice mas Plinio en su *Historia natural* ²; que una gente de los ethiops pastores, la qual se llama *siborta*, á par del rio Astrago, vuelta á Septentrion, creçe mas que ocho cobdos. Assi que, estos son mayores hombres que los del Estrecho de Magallanes; y quanto á la velocidad, el mismo auctor escribe que Crate Pargameno refiere que sobre la Ethiopia son los tragloditas, los quales vençen á los caballos de ligereça.

Tornando á nuestra historia, este Estrecho de que aqui se tracta, es de çiento y diez leguas de longitud, y donde es mas ancho, tiene siete; y de alli para abaxo, segund la relación y lo que supo testificar de vista el clérigo don Johan de Areyçaga, se ensangosta en algunas partes hasta ser su latitud una legua y menos. Quiero decir agora lo que yo hallo en las çartas, nuevamente emendadas y en otras muchas que yo he visto de diferentes auctores, á quien se debe dar crédito.

Començando en la boca que está al Occidente (digo de la parte de la equino-

cial), está el arçipiélago del Cabo Desseado; y llámase arçipiélago, porque hay grand número de islas alli háçia la parte de la equinoçial, juntas ó muy çercanas unas de otras, grandes y chicas. Este cabo está en çinquenta y dos grados ó algo menos de la otra parte de la equinoçial, desde el qual, corriendo la costa arriba veynte leguas al Leste, está la canal que llaman de Todos Sanctos: en frente de la qual, en la otra costa al opósito, está una bahía que llaman la Campana de Roldan, desde la qual en la otra costa, volviendo atrás otras veynte leguas á la boca occidental, en la mitad del camino estan las islas Nevadas, y la punta que está en frente del Cabo Desseado, que se llama assimesmo Cabo Desseado.

Partiendo de la canal de Todos Sanctos, la costa arriba al Oriente veynte leguas, está la bahía que llaman del Norte, y alli sale una punta, algo mas alto, que torna al Sur, en frente de la qual en la otra costa está otra bahía que se llama Bahía Grande; y desde aquesta Bahía Grande de la costa austral, volviendo atrás otras veynte leguas al Occidente, está la dicha Campana de Roldan que se dixo de suso, y en la mitad deste camino estan las Sierras Nevadas. Assi que, hasta essas bahias del Norfe y Grande, avemos subido quarenta leguas por ambas costas del Estrecho.

Desde la punta de la bahía del Norte, subiendo por la costa treynta leguas al Oriente, está la bahía que llaman de la Victoria, y en frente della (en la otra parte austral) está otra bahía que llaman *Bahía Grande*, desde la qual tornando al Occidente por aquella costa las treynta leguas, está la otra Bahía Grande que se dixo primero de suso, y en la mitad destas treynta leguas está la tierra que llaman *De los fuegos*, y hasta esta segundá

1 Plinio, lib. VII, cap. 2.
TOMO II.

2 Plinio, id.

Bahía Grande y hasta la bahía de la Victoria (questá enfrente desta otra parte) avemos subido septenta leguas, la via del Oriente, por ambas costas del Estrecho.

Desde la bahía de la Victoria hasta el Cabo de las Vírgines, hay quarenta leguas, el qual cabo es el principio del embocamiento deste Estrecho, por la parte oriental, y está en çinquenta é dos grados de la línea equinoçial; y el otro cabo questá enfrente dél á la otra vanda, se llama tierra ó Cabo de Fuegos, desde qual volviendo al Occidente por la otra costa, otras quarenta leguas hasta la Bahía Grande superior (ó mas oriental), está en la mitad del camino la tierra que llaman *Lago de los Estrechos*.

Por manera que desde el Cabo Desseado occidental y embocamiento del Poniente, hasta el embocamiento oriental y cabo de las Onze mil Vírgines, hay çiento y diez leguas, en el qual Estrecho se ponen algunas islas, en espeçial doçe ó treçe, y la carta no las nombra (sino las

Nevadas que tengo dicho); pero la mayor de todas doçe la assientan en la bahía de la Victoria. Tiene, como he dicho, el Estrecho siete leguas de latitud, donde es mas ancho de los embocamientos á dentro, y en partes tres y dos y una, y en partes menos de legua. Pero en el embocamiento oriental le pone la carta diez leguas de tierra á tierra; y poco mas en el occidental: de forma que el Cabo de Fuegos ó Humos mas austral del embocamiento oriental, está en çinquenta y tres grados de la equinoçial enfrente del Cabo de las Vírgines, en el otro hemispherio y polo antártico. Y esto baste quanto á la medida de la mar y de la tierra del Estrecho grande y famoso, que descubrió el capitan Fernando de Magallanes con el armadá del Emperador Rey, nuestro señor, el año de mill é quinientos y veynte de la Natividad de Chripsto. Nuestro Redemptor, para gloria y alabança suya y en aumentación del çeptro y señorío de la corona real de Castilla.

CAPITULO XV.

De la relación particular del viaje y armada del comendador Frey Garcia de Loaysa y los que con él fueron, de lo qual dieron notiçia desde algunos años el capitan Andrés de Urdaneta, natural de Villafranca, de la provincia de Guipúzcoa, y otro hidalgo, llamado Martin de Islares, natural de la villa de Laredo, y otras personas que fueron en la dicha armada y lo vieron. La qual relación contiene veynte capítulos, de los quales este es el primero. Y dáse fin á este libro con ella, en el capítulo XXXVI.

En el capítulo V deste libro XX se tractó mucha parte del viage infeliçe del comendador Frey Garcia de Loaysa á la Espeçieria, el qual hizo el año de mill é quinientos y veynte y çinco, con siete naos y quatroçientos y çinquenta hombres. Y en el capítulo XII se dixo cómo un viernes primero dia del mes de junio del año de mil é quinientos y veynte y seys, salidos ya que fueron del dicho Estrecho de Magallanes, en el grand mar austral, y estando ya en los quarenta y siete grados y medio de la otra parte de la equinoçial, tornando en demanda del

Norte ó hácia nuestro polo, se desapareció la nao capitana y la perdió de vista el patax (que arribó á la Nueva España) en que yba el clérigo don Johan que dió la relación, de que de suso es fecha mençion, el qual no supo mas del subçesso daquela armada. Agora diré yo lo que entendí el año de mill é quinientos y treynta y nueve, passando por esta cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española el adelantado don Pedro de Alvarado, del qual supe que pensaba brevemente yr en demanda de la China, y armar en la mar del Sur, en su gobernación de Guatima-

la; y llevaba consigo dos hombres, que se hallaron en aquel viage del comendador Loaysa, el uno de los quales se llamaba el capitan Andrés de Urdaneta, vizcayno (ó guipuzcoano mejor diciendo), hombre de bien y de buena raçon y bien apuntado en lo que avia visto y notado daquel viaje; y el otro era un hidalgo, natural de la villa de Laredo, llamado Martin de Islares, assimesmo hombre de buen entendimiento. Los quales, demas de lo que yo avia entendido del camino y fin daquela armada, me dieron çumplida relación y me satisfiçieron en algunas dudas, como personas que se hallaron en la prosecucion daquel viaje, y en muchos trabaxos y guerras en aquellas partes, assi con los portugueses como con los naturales indios; lo qual con la brevedad que sea posible se dirá, porque son cosas tan notables y convinientes á nuestras materias y para la conclusion daquela armada.

Para inteligencia de lo qual es de saber que, salido el comendador Loaysa y sus navíos del Estrecho de Magallanes en la mar del Sur, al cabo de çinco dias, les dió un temporal muy reçiõ, en tal manera que se destroçaron las quatro velas que yban en conserva con la capitana (que nunca mas se vieron). Y turóles la tormenta quatro ó çinco dias despues, en los quales passaron muy grandes trabaxos, porque no se podian servir de las velas, y haçer la nao tanta agua que con dos bombas nunca çessaban de trabaxar con ella veynte hombres, por vencer el agua que haçia; porque tenia la nao quebrados nueve ó diez codos de quilla en el codaste, y aunque la avian remediado lo mejor que avian podido, todavia les entraba mucha agua. En fin del mes de julio del año de mill é quinientos y veynte y seys, en quatro grados ya desta parte de la línea del equinoçio á la vanda del Norte, fallaçió en la dicha nao el comendador

frey Garcia de Loaysa, capitan general desta armada, el qual yba muy doliente; y murió como cathólico y buen caballero en su offiço, encomendándose á Nuestro Señor: y dexó mucha tristeça y dolor á todos los que en aquella nao capitana yban, porque demas de ser buen capitan, sábio y de experiencia, era de gentil conversaçion y muy bien quisto. Assi como fué muerto, y con sendos Paternos y Avemarias por su ánima (que cada uno de los pressentes dixo) echado su cuerpo en la mar, abrieron una instruçion secreta de la Çesárea Magestad, por la qual mandaba que si el comendador Loaysa muriesse, que todos obedesciesen por general á Johan Sebastian del Cano (que era aquel capitan que en la nao Victoria bojó el mundo como en otra parte está dicho); y assi se hizo como Su Magestad lo proveyó. Pero él yba assimesmo muy enfermo, y desde á quatro dias que le alçaron por general le llevó Dios, y le hiçieron las mismas obsequias y le dieron la misma sepultura que se le dió al comendador, y le echaron en essa mar. Y obra de ún mes antes avian hecho otro tanto con Alvaro de Loaysa, sobrino del comendador Loaysa, que era á la saçon contador general, por muerte del contador Texeda, que murió en el mismo golpho. Assi que, muerto Johan Sebastian del Cano, hiçieron capitan á un hidalgo llamado Toribio Alonso de Salazar, montañés, el qual era contador de uno de los galeones, y porque se reçeló el comendador Loaysa que se queria alçar con el galeon, en el Estrecho para se tornar á España, le hizo passar á su nao capitana. Tambien se murieron en aquel golpho el piloto Rodrigo Bermejo y otras personas de bien, mas de treynta y çinco. Este terçero capitan general, llamado Salazar, yba assimesmo doliente, y viendo quel piloto que tenian no era de mucha experiencia, mandó que arribassen en busca